

Multum in Parvo

La historia de la actitud del hombre ante la mujer, es una trayectoria con altibajos. Nuestras reflexiones no arrancan de cuando ella era sólo la hembra que, en la cueva, cuidaba más mal que bien de los cachorros, sino de los albores de la vida civilizada.

Hace 5,300 años, durante la V. Dinastía, se escribió el "Ptah-Hotep", guía de príncipes que es la progenitora venerable de cuantas se escribieron después. Del antiquísimo documento tomamos los siguientes consejos: "Si eres sabio cuidarás tu propio casa. Tratarás con cariño a tu mujer, la alimentarás, la vestirás y la curarás cuando esté enferma. Llena de alegría su corazón durante toda la vida y no seas severo con ella..."

Tales recomendaciones indican no sólo que ya se estaba lejos del salvajismo primitivo, sino que amanecían en el hombre, sentimientos precursores de los cristianos. Ni en el cercano Oriente ni en Grecia, tuvo la mujer un papel preponderante. Lo mismo la persa, que la mesopotámica, que la helénica, fueron culturas predominantemente viriles. Así lo fue también la romana, por más que la matrona obtuvo ya homenajes y constantes consideraciones. La "mater familias" no llegó a matriarca; pero sí fue un ser lleno de reconocida dignidad. En el recinto de su hogar, era ama y señora. Un epitafio la pinta en sus ocupaciones hogareñas: "domiseda, lanificà", cuidó su casa, hiló su lana. Las ocho sílabas latinas suscitan una visión de vida serena y respetable.

Mucho más que la antigüedad hizo el cristianismo en pro de la mujer. La elevó, la ennobleció, la idealizó. Esta idealización culminó en la alta Edad Media y tuvo su biblia en la Vita Nuova de Dante Alighieri, en las Canciones del Petrarca y en la poesía de los trovadores provenzales.

En Aviñón y en Tolosa, el cul-

to a la mujer llegó a asumir características religiosas. Con sólo ser, ella ejercía una influencia decisiva a su alrededor. Era una especie de emanación que criaba un ambiente de idealidad y de refinamiento en torno suyo. Inspiraba a los poetas, enaltecía las mentes, regulaba las acciones, moderaba los ímpetus, suavizaba las costumbres. Y por encima de todo era la amada, transfiguración de la entidad humana en un ser angelical de cuyo favor dependía la felicidad, cuya sonrisa era llave celestial.

Fue en esa época y en aquella comarca meridional de Francia, donde la mujer se erigió en "juge des merites", en juez de los méritos. Desde el siglo XII hasta el XV, con sus propias exigencias, siguió un proceso de perfeccionamiento y logró elevar el tipo del caballero. "A mi juicio, dice Ortega y Gasset, la suprema misión de la mujer sobre la tierra, es exigir, exigir la perfección del hombre. Se acerca a ella el varón, buscando ser el preferido: a este fin procura, desde luego, recoger en un haz lo mejor de su persona, para presentarlo a la bella juzgadora".